



## CANTO XXII

Entran los españoles en el estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace Rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso.

Pérfido amor, tirano, ¿qué provecho  
Piensas sacar de mi desasosiego?  
¿No estás de mi promesa satisfecho,  
Que quieres afligirme desde luego?  
¡Ay! que ya siento en mi cuidadoso pecho  
Labrarme poco á poco un vivo fuego,  
Y desde allí con movimiento blando  
Ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va que yo no siga  
El duro estilo del sangriento Marte,  
Que así de tal manera me fatiga  
Tu importuna memoria en cada parte?  
Déjame ya, no quieras que se diga,  
Que porque nadie quiere celebrarte,  
Al último rincón vas á buscarme,  
Y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza,  
Habiendo tantos célebres varones,  
Venir á mendigar á mi pobreza  
Tan falta de concetos y razones;  
Y en medio de las armas y aspereza,  
Sumido en mil forzosas ocasiones  
Me cargas por un sueño quizá vano  
Con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda  
Del enemigo bárbaro vecino  
No da lugar á que otra cosa atienda,  
Que me tiene tomado ya el camino,  
Donde siento fraguada una contienda,  
Que el mas fértil ingenio y peregrino  
En tal revolucion embarazado  
No le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo pues hacer, si ya metido  
Dentro del campo y ocasion me veo,  
Sino al cabo cumplir lo prometido  
Aunque tire á otra parte mi deseo?  
Pero á término breve reducido,  
Por la mas corta senda sin rodeo  
Pienso seguir el comenzado oficio  
Desnudo de ornamento y artificio;

Vuelto á la historia, digo que marchaba  
Nuestro ordenado campo de manera,  
Que gran espacio en breve se alejaba  
Del talcaguano término y ribera;  
Mas cuando el alto sol ya declinaba,  
Cerca de un agua al pié de una ladera  
En cómodo lugar y llano asiento  
Hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados  
En el tendido llano á la marina,  
Cuando se oyó gritar por todos lados,  
¡Arma, arma, enfrena, enfrena, aína, aína!  
Luego de acá y de allá los derramados,  
Siguiendo la ordenanza y disciplina  
Corren á sus banderas y pendones  
Formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores que la tierra  
Iban corriendo por el largo llano,  
Al remate del cual está una sierra  
Cerca del alto monte andalicano,  
Vieron de allí calar gente de guerra  
Cerrando el paso á la siniestra mano,  
Diciendo: ¡espera, espera! ¡tente, tente!  
Veremos quién hoy es aquí el valiente!

Los nuestros al amparo de un repecho  
En forma de escuadron se recogieron  
Donde con muestra y animoso pecho  
Al ventajoso número atendieron;  
Pero los fieros bárbaros de hecho  
Sin punto reparar los embistieron,  
Haciéndoles tomar luego la vuelta,  
Sin orden y camino á rienda suelta.

Aunque á veces en parte recogidos  
Haciendo cuerpo y rostro revolvian,  
Y con mayor valor que de vencidos  
Al vencedor soberbio acometian;  
Pero con mayor furia compelidos  
El camino empezado proseguian,  
Dejando á veces muerta y tropellada  
Alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos,  
Siempre con mayor furia y crecimiento,  
En una espesa polvareda envueltos  
Iban en el alcance y seguimiento;  
Los nuestros á calcaño y frenos sueltos  
A la sazón con mas temor que tiento  
Ayudan los caballos desbocados,  
Arrimándoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban  
Con voces, cuerpos, brazos y talones,  
Los bárbaros por piés los alcanzaban  
Haciéndoles bajar de los arzones:  
Al fin necesitados peleaban,  
Cual los heridos osos y leones  
Cuando de los lebreles aquejados  
Ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino  
Que en lóbrego turbion con gran estruendo  
El polvoroso campo y el camino  
Va con violencia indómita barriendo,  
Y en ancho y presuroso remolino  
Todo lo coge, lleva y va esparciendo,  
Y arranca aquel furioso movimiento  
Los arraigados troncos de su asiento:

Con tal facilidad arrebatados  
De aquel furor y bárbara violencia  
Iban los españoles fatigados  
Sin poderse poner en resistencia:  
Algunos del honor avergonzados  
Vuelven haciendo rostro y apariencia;  
Mas otra ola de gente que llegaba  
Con mas presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando  
Siguiendo el hado y próspera fortuna,  
El rabioso furor ejecutando  
En los rendidos sin clemencia alguna,  
Por el tendido valle resonando  
La trulla y grita bárbara importuna,  
Que arrebatada del lijero viento  
Llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente  
Con gran presteza y no menor ruido  
Juan Remon arribó con mucha gente,  
Que el aviso primero habia tenido;  
Y en furioso tropel gallardamente,  
Alzando un ferocísimo alarido,  
Embistió la enemiga gente airada  
En la victoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte  
De duras puntas al romper hallaron,  
Que con estrago de una y otra parte  
Hecho un hermoso choque repararon:  
Unos pasados van de parte á parte,  
Otros muy lejos del arzon volaron,  
Otros heridos, otros estropeados,  
Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto, ó pluma mia,  
Las memorables cosas señaladas,  
Y los crudos efectos deste día  
De valerosas lanzas y de espadas:  
Que aunque ingenio mayor no bastaría  
A poderlas llevar continuadas,  
Es justo se celebre alguna parte  
De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante  
El primero escuadron iba guiando,  
Con muestra airada y con fercz semblante  
El firme y largo paso apresurando,  
Cala la gruesa pica en un instante,  
Y el cuento entre la tierra y pié afirmando,  
Recibe en el cruel hierro fornido  
El cuerpo de Hernán Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado  
Hizo el agudo hierro gran herida,  
Pasando el escaupil doble, estofado,  
Y una cota de malla muy tejida:  
El ancho y duro hierro ensangrentado  
Abrió por las espaldas la salida,  
Quedando el cuerpo ya descolorido  
Fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino  
Salió al valiente Osorio, que corriendo  
Venía con mayor ánimo que tino  
Los herrados talones sacudiendo,  
Mostrando el cuerpo al tiempo que convino,  
Le dió lado, y la maza revolviendo  
Con tanta fuerza le cargó la mano,  
Que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atrás venía,  
De otro golpe también le puso en tierra,  
El cual con gran esfuerzo y valentía  
La adarga embraza y de la espada afierra,  
Y contra la enemiga compañía  
Se puso él solo á mantener la guerra,  
Haciendo rostro y pie con tal denuedo  
Que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,  
La fuerza contra tantos no bastaba,  
Que ya la espesa turba alharaquenta  
En confuso monton le rodeaba;  
Pero en esta sazón mas de cincuenta  
Caballos que Reinoso gobernaba,  
Que de refresco á tiempo habian llegado,  
Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron  
De gruesas astas un tejido muro,  
El cerrado escuadron aportillaron,  
Probando mas de diez el suelo duro;  
Y al esforzado Cáceres cobraron,  
Que cercado de gente mal seguro  
Con ánimo feroz se sustentaba,  
Y matando, la muerte dilatada.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,  
Escobar, Juan Jufre, Cortés y Aranda,  
Sin mirar el peligro y riesgo extraño,  
Sustentan todo el peso de su banda:  
También hacen efecto y mucho daño  
Losada, Peña, Córdoba, y Miranda,  
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,  
Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa.

Pero muy presto la araucana gente,  
En la española sangre ya cebada,  
Los hizo revolver forzosamente,  
Y seguir la carrera comenzada;  
Tras estos otra escuadra de repente  
En ellos se estrelló desatinada;  
Mas sin ganar un paso de camino  
Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa  
Juan Remon y los otros revolvian,  
Luego con nueva pérdida y mas priesa  
La primera derrota proseguian;  
Y en una polvorosa nube espesa  
Envueltos unos y otros ya venian,  
Cuando fué nuestro campo descubierto  
En orden de batalla y buen concierto.

Iban los araucanos tan cebados  
Que por las picas nuestras se metieron;  
Pero vueltos en sí mas reportados,  
El suelto paso y furia detuvieron;  
Y al punto recogidos y ordenados,  
La campaña al través se retrujeron  
Al pié de un cerro á la derecha mano  
Cerca de una laguna y gran pantano.

Donde de nuestro cuerno arremetimos  
Un gran tropel á pié de gente armada,  
Que con presteza al arribar les dimos  
Espesa carga y súbita rociada;  
Y al cieno retirados nos metimos  
Tras ellos por venir espada á espada,  
Probando allí las fuerzas y el denuedo  
Con rostro firme y ánimo á pié quedo.

Jamás los alemanes combatieron  
Así de firme á firme y frente á frente,  
Ni mano á mano dando recibieron  
Golpes sin descansar á manteniendo,  
Como el un bando y otro que vinieron  
A estar así en el cieno estrechamente,  
Que echar atrás un paso no podian;  
Y dando apriesa, apriesa recibian.

Quién el húmido cieno á la cintura  
Con dos y tres á veces peleaba;  
Quién por mostrar mayor desenvoltura  
Queriéndose mover, mas se atascaba;  
Quién probando las fuerzas y ventura  
Al vecino enemigo se aferraba,  
Mordiéndole y cegándole con lodo,  
Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse  
Andaba igual, y en duda la fortuna,  
Sin muestra ni señal de declararse  
Mínima de ventaja en parte alguna:  
Ya parecian aquellos mejorarse,  
Ya ganaban aquestos la laguna;  
Y la sangre de todos derramada  
Tornaba el agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira  
Le habia llevado ciego tanto trecho,  
Luego que nuestro campo vió á la mira,  
Y que á dar en la muerte iba derecho,  
Al vecino pantano se retira,  
Y el fiero rostro y animoso pecho  
Contra todo el ejército volvia,  
Y en voz amenazándole decia:

«Venid, venid á mí, gente plebeya,  
En mí sea vuestra saña convertida,  
Que soy quien os persigue, y quien desea  
Mas vuestra muerte que su propia vida;  
No quiero ya descanso hasta que vea  
La nación española destruida,  
Y en esa vuestra carne y sangre odiosa  
Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»

Así la tierra y cielo amenazando  
En medio del pantano se presenta,  
Y la sangrienta maza floreado  
La gente de poco ánimo amedrenta:  
No fué bien conocido en la voz, cuando  
Haciendo de sus fieros poca cuenta,  
Algunos españoles mas cercanos  
Aguijamos sobre él con prestas manos.

Mas á Juan, yanacona, que una pieza  
De los otros osado se adelanta,  
Le machuca de un golpe la cabeza,  
Y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta,  
Y contra el joven Zúñiga endereza  
El tercero con saña y furia tanta,  
Que como clavo en húmedo terreno  
Le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa  
Al animoso pecho encaminados,  
Turbando el aire claro á mucha priesa  
Descargaron sobre él de todos lados:  
Por esto el fiero bárbaro no cesa,  
Antes con furia y golpes redoblados,  
El lodo á la cintura, osadamente  
Estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso jabalí herido  
Al cenagoso estrecho retirado,  
De animosos sabuesos perseguido,  
Y de diestros monteros rodeado,  
Ronca, bufa y rebufa embravecido,  
Vuelve y revuelve deste y de aquel lado,  
Rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,  
Y los espesos tiros desbarata:

El bárbaro esforzado de aquel modo  
Ardiendo en ira y de furor insano,  
Cubierto de sudor, de sangre y lodo,  
Estaba solo en medio del pantano  
Resistiendo la furia y golpe todo  
De los tiros que de una y otra mano  
Cubriendo el sol sin número salian,  
Y como tempestad sobre él llovian.

Ya el esparcido ejército obediente  
Que el porfiado alcance habia seguido,  
Descubriendo en el llano á nuestra gente  
Se habia tirado atrás y recogido:  
Solo Rengo feroz y osadamente  
Sustenta igual el desigual partido  
A causa que la ciénaga era honda,  
Y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto  
Segun la mucha gente que cargaba,  
Que á grande priesa en orden y concierto  
Desta y de aquella parte le cercaba,  
Por un inculto paso y encubierto  
Que la fragosa sierra le amparaba,  
Le pareció con tiempo retirarse,  
Y salvar sus soldados y él salvarse.

Diciéndoles: «Amigos, no gastemos  
La fuerza en tiempo y acto infructuoso;  
La sangre que nos queda conservemos  
Para venderla en precio mas costoso;  
Conviene que de aquí nos retiremos  
Antes que en este sitio cenagoso  
Del enemigo puestos en aprieto  
Perdamos la opinion y él el respeto.»

Luego la voz de Rengo obedecida  
Los presurosos brazos detuvieron,  
Y por la parte estrecha y mas tejida  
Al son del atambor se retrujeron:  
Era áspero el lugar y la salida,  
Y así seguir los nuestros no pudieron,  
Quedando algunos dellos tan sumidos,  
Que fué bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado  
Iban los fieros bárbaros saliendo;  
Rengo bruto, sangriento y enlodado  
Los lleva en retaguardia recogiendo,  
Como el celoso toro madrigado  
Que la tarda vacada va siguiendo,  
Volviendo acá y allá espaciosamente  
El duro cervigullo y la alta frente.

Nuestro campo por orden recogido,  
Retirado del todo el enemigo,  
Fué entre algunos un bárbaro cogido  
Que mucho se alargó del bando amigo;  
El cual acaso á mi cuartel traído  
Hubo de ser para ejemplar castigo  
De los rebeldes pueblos comarcanos,  
Mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada  
Puso la diestra mano, yo presente,  
La cual de un golpe con rigor cortada  
Sacó luego la izquierda alegremente,  
Que del tronco también saltó apartada  
Sin torcer ceja ni arrugar la frente,  
Y con desdén y menosprecio dello  
Alargó la cabeza y tendió el cuello,

Diciendo así: «Segad esa garganta  
Siempre sedienta de la sangre vuestra:  
Que no temo la muerte, ni me espanta  
Vuestra amenaza y rigurosa muestra;  
Y la importancia y pérdida no es tanta  
Que haga falta mi cortada diestra,  
Pues quedan otras muchas esforzadas  
Que saben gobernar bien sus espadas.

»Y si pensais sacar algun provecho  
De no llegar mi vida al fin postrero,  
Aqui pues moriré á vuestro despecho,  
Que si quereis que viva, yo no quiero:  
Al fin iré algun tanto satisfecho  
De que á vuestro pesar alegre muero;  
Que quiero con mi muerte desplaceros,  
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que, contumaz y porfiado  
La muerte con injurias procuraba,  
Y siempre mas rabioso y obstinado  
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;  
Donde en su misma sangre revolcado  
Acabar ya la vida deseaba,  
Mordiéndose con muestras impacientes  
Los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera  
Templándonos la lástima el enojo,  
Vió un esclavo bajar por la ladera  
Cargado con un bárbaro despojo;  
Y como encarnizada bestia fiera,  
Que ve la desmandada presa al ojo,  
Así con una furia arrebatada  
Le sale de través á la parada.

Y en él los piés y brazos añudados  
Sobre el húmido suelo le tendia,  
Y con los duros troncos desangrados  
En las narices y ojos le batia:  
Al fin junto á nosotros á bocados  
Sin poderse valer se le comia,  
Si no fuera con tiempo socorrido  
Quedando, aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida  
Voz en pié puesto dijo: «Pues me queda  
Alguna fuerza y sangre retenida  
Con que ofender á los cristianos pueda,  
Quiero acetar á mi pesar la vida,  
Aunque por modo vil se me conceda,  
Que yo espero sin manos desquitarme,  
Que no me faltarán para vengarme.

»Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo  
Que en mí tendreis con odio y sed rabiosa  
Torcedor y solícito enemigo,  
Cuando dañar no pueda en otra cosa:  
Muy presto entenderéis cómo os persigo,  
Y que os fuera mi muerte provechosa.»  
Diciendo así otras cosas que no cuento  
Partió de allí lijero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido  
El nombre deste bárbaro obstinado,  
Que por ser animoso y atrevido  
El audaz Galvarino era llamado.  
Mas por tanta aspereza he discurrido,  
Que la fuerza y la voz se me ha acabado,  
Y así habré de parar, porque me siento  
Ya sin fuerza, sin voz y sin aliento.



## CANTO XXIII

Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; píntase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella había.

Jamás debe, señor, menospreciarse  
El enemigo vivo, pues sabemos  
Puede de una centella levantarse  
Fuego con que después nos abramos;  
Y entonces es cordura recelarse  
Cuando en mayor felicidad nos vemos,  
Pues los que gozan próspera bonanza  
Están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura  
El breve curso del felice hado,  
Que mientras que la incierta vida dura  
Nunca hay cosa que dure en un estado:  
Así que, quien jamás tuvo ventura  
Podrá llamarse bienaventurado,  
Y sin prosperidad vivir contento,  
Pues no teme infeliz acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre  
Que nunca hay bien seguro ni reposo,  
Que es ley usada, es orden y costumbre  
Por donde ha de pasar el mas dichoso,  
Gastar el tiempo en esto es pesadumbre;  
Y así por no ser largo y enojoso  
Solo quiero contar á lo que vino  
El despreciar al mozo Galvarino.

El cual, aunque herido y desangrado,  
Tanto el coraje y rabia le inducia,  
Que llegó á Andalicán donde alojado  
Caupolicán su ejército tenia:  
Era el tiempo que el inclito senado  
En secreto consejo proveia  
Las cosas de la guerra y menesteres,  
Dando y tomando en ello pareceres.